

ANGEL GABRIEL VISO

LA SAGA DE JAVIER BERNÁRDEZ



 Luis
Felipe
Capriles
EDITOR

La saga de Javier Bernárdez

© Angel Gabriel Viso

Luis Felipe Capriles Editor

Primera edición

Caracas, 2024

Depósito legal: M12024000281

ISBN: 978-980-18-4568-3

Cuidado de edición: Yolimar Delgado

Diseño y diagramación: Jorge Molina Abreu

Impreso en Venezuela por Organización Gráficas Capriles C.A.

Este libro no podrá ser reproducido ni total

ni parcialmente sin permiso del autor.

Todos los derechos reservados.

A la memoria de mi tío Jorge

C'est la plainte constante de l'Empereur contre tous les ouvrages qu'il rencontre; cela avait été aussi, disait-il, son défaut à lui même dans sa jeunesse; assurément il s'en est bien corrigé depuis. L'Empereur s'est amusé à rayer au crayon les phrases parasites qu'il condamnait dans Vertot: il est sûr qu'avec ces suppressions, l'ouvrage présentait, en effet, bien autrement de la force, de l'énergie et de la chaleur. "Ce serait un travail bien précieux et bien goûté sans doute, disait-il, que de se dévouer à réduire ainsi, avec goût et discernement, les principaux ouvrages de notre langue. Je ne connais guère que Montesquieu, disait-il, qui pût échapper à ces réductions.

Emmanuel de Las Cases
Mémorial de Sainte-Hélène

Well, when I had reached this period of silence, I was forced into a measure that no one ever adopts voluntarily. I was impelled to think. God, was it difficult.

Francis Scott Fitzgerald
The Crack-Up

Querido lector, este es un manuscrito que he encontrado, escondido en un armario de mi nuevo apartamento, situado en la Avenida Reducto 1091, de Miraflores. A pesar de tratarse de un texto evidentemente incompleto, me pareció interesante su publicación.

Vincent Schmed
Lima, diciembre de 2030

RECUERDOS Y REFLEXIONES

*La luz del entendimiento
me hace ser muy comedido.*

Federico García Lorca
La Casada Infel

A Fernando, a Rodolfo, a Bacu

PRIMERA PARTE

*

Me levanto y veo que hay un monstruo en mi cama. Me asusto y corro hacia el comedor donde desayunan mis padres. Es una pesadilla.

*

Acompaño a mi madre a la carnicería. Nos atiende una mujer con la boca torcida. Su deformidad me impresiona. Nunca la olvidaré.

*

Un tío abuelo con nombre de emperador romano acaba de morir. “Se fue al cielo” me dicen. Hay una reunión en mi casa. Constantemente, levanto la mirada para verlo pasar.

*

Corro y me doy un cabezazo con un compañero. Él comienza a llorar y yo, como si nada. Me he caído varias veces de cabeza. Apenas lo siento. Tengo la cabeza dura.

*

Se llamaba Ligia, me acuerdo, y era morena. Fue mi primer amor.

*

Estamos en Viena y una mujer anciana nos aborda. Trata de hablarnos en alemán y, al no obtener respuesta, comienza a utilizar el francés. Nos pide perdón: Hitler era austríaco.

*

Es la peor hora del día, mediodía. Todos mis amigos salen y yo no tengo autorización de hacerlo. Debo quedarme en el colegio, desaparecer, hacerme invisible.

*

El aprendizaje de un idioma extranjero es una experiencia inolvidable. Recuerdo con emoción cuando me di cuenta de que podía leer un libro en inglés o en italiano. Sin embargo, más difícil fue para mí aprender cómo descifrar las anotaciones de ajedrez. Esta escritura representaba un enigma para mí. Recuerdo haber comprado durante cinco años (de 1971 a 1975) los ejemplares de la Revista Mundial de Ajedrez, editada por Eduardo Ortega. Cada ejemplar costaba dos bolívars y contaba con un método para aprender a jugar ajedrez y reproducir las partidas. Estuve varias semanas tratando de entender esa escritura indescifrable hasta que, un día, ¡eureka!, había comprendido.

Me imagino que así debe ser la invención o la creación: un largo trabajo, difícil, arduo, aparentemente estéril y, de repente, viene la iluminación. No es que ésta sea posible sin el esfuerzo previo. Es su consecuencia. Hay que probar de mil maneras, tratar de que encajen las piezas, muchas veces sin resultados, hasta que, por fin, todo se aclara. Esa visión intelectual de la solución a un problema, de la expresión de una idea que no conseguía un cauce adecuado o de una emoción que no encontraba las palabras apropiadas, necesita de mucha labor, de mucha reflexión. Por supuesto, en la medida en que la persona domine el tema o la materia, se le hace mucho más fácil expresar o encontrar la vía. Si, además, se tiene el genio, todo parece fácil. Pienso en un Mozart o en un Capablanca. Sin embargo, para el común de los mortales, la facilidad no es la regla. ¿Cuánto tiempo le costó a Edison descubrir el bombillo?

*

Ella tendría trece años, yo unos diecisiete. Visitaba a su hermano, pero en realidad la visitaba a ella. Era blanca, de cabello oscuro, fresca, espontánea, simpática. Nos encontrábamos en algunas fiestas de quince años hace tanto tiempo...

Unos años más tarde, nos volvimos a ver en la universidad. Seguía siendo una mujer muy bella. Todos los hombres se sentían atraídos por ella. Todos, menos yo. Había perdido su frescura, su naturalidad. Tenía un pasado. Se enamoró de mí. Nuestros tiempos no habían coincidido.

*

Tengo veinte años, son las cuatro de la mañana y espero un tren en Italia. ¿Lo soñé? Tengo el mundo por delante... A pesar de ello, el mundo y el tiempo han pasado, me han dominado sin que yo haya ejercido

mayor control. He sido perseverante, mas sólo para las cosas menos importantes. Mi modelo, Ulises, ejemplo del tesón, no me inspiró para las grandes cosas sino para lo insignificante. Cumplí con mi deber, hice lo que se esperaba de mí. He pasado desapercibido. Camino sin hacer ruidos; no me dejo tomar fotografías; parezco no estar allí. De vez en cuando se ve un rastro mío; muy difícil de seguir. Cuando esté muerto dirán “qué bueno fue” y rápidamente se olvidarán de mí.

*

El viernes de Concilio de 1980 me encuentro en un Ferry que va de Marsella a Ajaccio ¿o será a Bastia? En todo caso, el trayecto durará toda la noche. Entablo conversación con un viejo corso, muy parlanchín. Después de un rato, me dice que las tradiciones se pierden, que ya nada es como antes. Me pone un ejemplo: “Si tú hubieras sido novio de una hija mía y la hubieras deshonrado, te habría matado. En cambio, hoy en día, ya esas cosas no suceden. Las tradiciones se pierden”. Poco a poco, hecho el loco, me voy alejando del viejo, temiendo que tenga a una nieta cerca.

*

A los dos nos gusta la misma muchacha. Nos ponemos de acuerdo: seré yo quien la ataque. Mala elección. Ella prefería a mi amigo.

*

Nuestras reuniones políticas, al finalizar, se convierten en fiestas. Me gustan dos muchachas. Invito a salir a una. Me dice que no, aduciendo que tiene un compromiso y que debe marcharse cuanto antes. Ni corto ni perezoso, comienzo a hablar con la otra. Sin embargo, la primera no se va y cada tanto tiempo ronda la mesa donde estoy sentado con la segunda.

*

Hace muchos años conocí a una muchacha. Era una bella muchacha de dieciocho años, alta, delgada, rubia, de ojos azules. Tenía un aire extraño, exótico. Se parecía a Katharine Ross. Muchas pecas. Como muchas veces, cuando alguien muy locuaz me hablaba, me distraje. Asentía con la cabeza o con una leve murmuración, siguiéndole la corriente. Volví en mí cuando la escuché diciendo: “Tú eres demasiado tímido. No puedes andar por allí con otra tímida. Necesitas a una mujer eléctrica, simpática, extrovertida. Una mujer como yo.” Me sonrió y se fue. Estaba desorientado. Un amigo me explicó: “te está atacando”, me dijo.

*

Hemos ido unas cuatro o cinco veces. La memoria me falla. Tomando como base un árbol genealógico elaborado por mi padre y con la información que hemos podido recoger de nuestros tíos abuelos y otros familiares, vamos a consultar los libros de bautizos, matrimonios y entierros de Calabozo. Gracias a una prima y a la generosidad del Obispo, mi primo y yo tenemos a nuestra disposición los libros más que centenarios. ¡Suerte de principiantes! Descubrimos una boda clave, celebrada el 19 de abril de 1811. Nuestro antepasado, cuyo apellido llevamos, un forastero, aunque con tíos en la ciudad, se casa con una dama calaboceña. Remontamos a los padres, abuelos y bisabuelos (después nos enteraríamos por otro primo que nos faltaron unos tatarabuelos) de esa dama. Descubrimos que descendemos de varios de los fundadores de la Villa de Todos los Santos de Calabozo.

*

Sueño que estoy montando un caballo desbocado. Decido interrumpir la carrera. Toulouse. Allí conozco a los Hermanitos de Jesús que imitan la vida de Charles de Foucauld, el cual todavía no ha sido declarado santo. Llevar una vida de contemplación, acompañando a gente sencilla y humilde (pescadores, obreros, artesanos) en zonas no cristianas o des cristianizadas. Predicar con el ejemplo. También conozco la obra de Jacques y Raïssa Maritain, matrimonio santo y ejemplo de una vida comprometida con Dios. *Les grandes amitiés*, leído hace cuarenta años y releído hace poco, es quizás el libro que más ha llegado a mi corazón.

*

Mi padre reza en la Iglesia de Nuestra Señora de los Ángeles en Roma. Le pide a su Patrona que le consiga una buena novia a su hijo. No sabe que ya su petición ha sido concedida.

*

Una mirada. Un trago de whisky. Un juego de dominó. Una despedida. A la semana, tarde como siempre, me doy cuenta de que estoy flechado.

*

Nos observamos y nos sorprendimos. Por un instante, el principio de identidad desapareció, me desdoblé y me observaba a mí mismo, minúsculo. Éramos uno solo. Inmediatamente, se rompió el encanto y volvimos ser dos, parecidos, mas no iguales.

*

Me mirabas y me sonreías. Sin embargo, tu sonrisa no era sólo conmigo. Veías algo más: el mundo, la vida, Dios... Tus ojos, tu cara, tu boca, todo era una señal de alegría, de gozo, de agradecimiento. Lo hiciste varias veces. No creo que en este mundo veré algo que se parezca más al Paraíso que esa sonrisa tuya, que ese disfrute de estar allí, vivo y querido.

*

Son las once de la noche y todavía es de día. El paisaje urbano de Moscú es lo más semejante a un paisaje lunático que pueda existir en la Tierra. Por cierto, también los moscovitas parecen venir de otro planeta. Imagínate una ciudad inmensa, con grandes avenidas cuyos pasos peatonales son subterráneos; edificios casi todos del siglo veinte, es decir, modernos, pero a la vez con un aspecto usado, gris, monótono. Sólo unas pocas áreas escapan a esta sensación de monotonía y de poco brillo: el Bolshoi; el conjunto que forman la Plaza Roja, la Catedral de San Basilio, el Kremlin. Los habitantes de la gran ciudad lucen tristes, deprimidos, sin esperanza. Se nota un gran malestar económico. Es increíble que en una ciudad tan importante sea prácticamente imposible encontrar a alguien que conozca alguna lengua occidental. Probablemente, algunos las conozcan, pero excepto en el hotel no quieren responderte en un idioma distinto al de ellos. La temperatura es perfecta: veinte grados centígrados y no ha llovido un solo día. Sin embargo, la sensación que reina es la misma que uno tiene cuando el día está triste, nublado. Debe haber mucho desempleo. Estoy alojado en un hotel de cinco estrellas y frecuentemente le pido al portero que me llame a un taxi. A veces, llega un taxi claramente distinguible como tal, pero la mayoría de las veces paran a un carro particular que está pasando por la calle del hotel y el portero negocia el precio de la carrera. Si se llega a un acuerdo, me llama y tomo el taxi. Si no es posible convenir en el precio, detiene al siguiente automóvil que transita por la calle. No hay ninguna uniformidad en los precios de las carreras de taxi. Varían fácilmente en un rango del 1.000%.

Ayer, me sucedió un hecho curioso. Fuimos con unos amigos ingleses y belgas a cenar en un restaurante alejado del hotel. De ida, fuimos con dos verdaderos taxis que nos dejaron en el lugar. De vuelta, no se conseguían taxis y el portero del restaurante detuvo a un particular que, por casualidad, ¿o no? se encontraba en la zona. Subimos seis personas en un carro pequeño. A los pocos metros, unos policías pararon al taxista improvisado. Se alejaron. Pude ver que el chofer pasaba unos billetes al policía. Nos explicó que la causa había sido el exceso de personas en el carro. Seguimos el camino y, cuando estábamos a punto de llegar al hotel, otro policía nos detuvo. Nuevo pago. En el hotel, el chofer, muy avergonzado, me pidió elevar el precio del transporte porque había tenido gastos imprevistos. Pagué la diferencia. Mis amigos europeos estaban sorprendidos y horrorizados. Yo, acostumbrado a la matraca, comprendía perfectamente la situación y el problema del taxista.

El ambiente general es parecido al de Buenos Aires, donde estuve hace dos meses. Las mismas caras desoladas. Los negocios, que conocí antes llenos de gente, frecuentemente cerrados. La misma tristeza.

Por supuesto, no todo es negativo en Moscú. Mis anfitriones se han desvivido por atendernos. Hemos visto excelentes espectáculos: Eugenio Oneguín, Giselle, el circo. No he oído voces más bellas que las que escuché en las misas de las iglesias de Moscú. Eran francamente celestiales. La Plaza Roja es impresionante. Rectángulo imperfecto, rodeado en dos de sus lados por palacios, en el tercero por las murallas del Kremlin, el cuarto lado no cuenta con ninguna edificación. En este último lado, la plaza se va ladeando hacia la izquierda, imperceptiblemente, sin saber uno cuando desaparece. La Catedral de San Basilio en el medio. Parece venir de otra época, una época mágica. Se dice que Iván el Terrible la mandó a construir y, al verla, le preguntó al arquitecto si podía crear una iglesia más bella que esa. El arquitecto, para su desgracia, respondió que sí. Iván el Terrible ordenó su ejecución porque no podía aceptar que se construyera en otra parte una iglesia más bella que San Basilio. Al pie del Kremlin se encuentra la tumba de Lenin. Se trata de una edificación moderna que, sin embargo, no desentona con el resto de la zona. Pocas tumbas en el mundo son objeto de más protección y veneración. Las reglas para entrar son sumamente estrictas. No puedes ponerte las manos en los bolsillos, ni alzarlas, ni hablar. Si haces cualquiera de dichas cosas, un soldado mal encarado te amonestará fuertemente. El ambiente es sumamente religioso.

*

Enciendo la computadora y abro la página web de Chess Tempo. Como todos los días, voy a resolver un problema de ajedrez. Me tocan las blancas y tengo dos peones menos. Desde el principio me doy cuenta de que la reina negra está en peligro. Sin embargo, no puedo atacarla con mis torres. Luego me percaté que la reina negra no puede moverse y, si coloco mi dama en diagonal detrás del caballo, puedo hacer jaque al rey con esta última pieza y atacar al descubierto a la reina negra al mismo tiempo. Lo hago. No esperaba la respuesta de la computadora: jaque con la torre, atacando al mismo tiempo a una de mis torres. Si como con la torre, la dama negra come mi torre y hace, a la vez jaque, con lo que se escapa de mi amenaza. Por lo tanto, decido perder la torre y muevo el rey. La torre negra captura mi torre y yo ejecuto mi plan, haciendo jaque al rey y atacando a la dama contraria. Problema resuelto.

Al culminar el problema, la computadora me indica que la posición se dio en una partida entre Bobby Fischer y Héctor Rosseto en el Interzonal de Portoroz de 1958. Fischer no vio la jugada correcta y terminó empatando la partida. Estoy contento. Descubrí una jugada que pasó por alto el gran Bobby Fischer. En esa época el futuro campeón mundial sólo tenía quince años, pero ya era un jugador temible. Extraño destino el de este jugador que vivía para el ajedrez y que logró éxitos tan notables; no pudiendo reinar como campeón mundial ni tan siquiera tres años y desperdiciando su talento por sus manías y excentricidades. Si uno ama a la actividad a la que uno se dedica, no debe hacer nada que le impida realizarla. Eso es lo que ha hecho, por ejemplo, Victor Korchnoi que, todavía a los ochenta años, sigue participando con éxito en los torneos de ajedrez. Korchnoi, el más viejo de los dos, sigue jugando y Fischer murió en Islandia, fuera de su país.

*

Tengo una ventaja: soy invisible. Recuerdo haber caminado por Nicosia, Estambul, Ciudad de México, Dubai, Londres. Me confundo con sus habitantes. Me hablan en su idioma.

*

En la Isla de Pascua, observamos el volcán extinto. Hay unos moais que acaban de empezar a ser esculpidos. Otros están casi listos, pero no han podido separarse de la roca madre. La mayoría comenzó a caminar. Hay algunos a pocos metros del volcán. Otros se han alejado más. Los más osados han avanzado varias decenas de metros. Hay más de cien en

distintas posiciones: casi totalmente enterrados, descubiertos, erguidos, inclinados. ¿Qué sucedió para que un día decidieran dejar de caminar?

*

Antes de entrar a Segovia, el chofer nos da la vuelta alrededor de la ciudad. En la curva que bordea la proa del Alcázar, en frente, se ve una construcción anodina. Nos detenemos y una monja que sale del edificio nos dice que allí está enterrado San Juan de la Cruz. Sin embargo, cierran las puertas y no nos dejan pasar. Podemos regresar en la tarde. Visitamos Segovia, comemos el famoso cochinillo y, retornando a Madrid, decidimos volver para visitar la tumba del santo. Entramos y nos indican dónde estuvieron sus restos anteriormente. Nada especial. Luego, nos enseñan su sarcófago. Se parece, mucho más modesto, al de Napoleón, ya que se encuentra elevado del suelo. Entonces sucede algo que nunca me había pasado. Comienzo a llorar y no puedo detenerme. Disimulo. Entro en el carro y, durante todo el trayecto de vuelta a Madrid, apenas puedo contenerme.

*

San Juan de los Cayos es un pueblo de una Venezuela que se quedó en los años cincuenta. Una avenida principal lo recorre completamente y termina en el cementerio. Una laguna hacia el sur donde pescamos camarones y algunos cangrejos con una nasa. La casa, ni muy grande ni muy pequeña, da hacia el mar que queda a veinte metros. El mar, tranquilo, de color oscuro y turbio, muestra por su aspecto la cercanía de la desembocadura de varios ríos. Puedes adentrarte caminando muchos metros sin que necesites nadar por lo poco profundo. Estar en el mar y ver la costa es una delicia por la tranquilidad, por lo apacible del lugar, por lo tibio del agua, sobre todo hacia el final de la tarde. El atardecer no es espectacular, es simplemente perfecto. El sol va desapareciendo sin hacer grandes alardes, mostrando la belleza del mar, de los peñeros anclados en la costa, de los dos cayos que se observan a lo lejos, uno de ellos con un faro. Salvo excepciones, no hay gente en la playa, no hay bulla, la gente es seria y honesta. Es un pequeño paraíso.

*

Camino rápidamente. Me siguen con dificultad. Son las once de la mañana y hace un calor considerable. Recorremos parte de los terrenos que fueron de mi abuelo. Los conozco de memoria. Busco los mojones. Tardamos como una hora en recorrer la parcela de un poco más de cien hectáreas. Me siento como en mi casa. El calor del llano es mi elemento.

*

Estamos en mi casa cuatro o cinco amigos, fastidiados. No tenemos nada que hacer. Son las seis de la tarde. Decidimos ir a un matrimonio. Abrimos el periódico e investigamos qué matrimonios se celebrarán ese día. Hay uno que nos llama la atención. Creo que es porque se trata del pariente de un amigo que no se encuentra con nosotros. Nos enflusamos y vamos a la fiesta. Decimos ser familiares del novio y así lo vamos indicando a quién nos pregunta. Por supuesto, hay gente conocida con la que conversamos. Después de unos cuantos palos de whisky, salimos muy contentos y divertidos.

*

Mi padre fue un cristiano y, como todos nosotros, pecador. Fue un hombre con muchas virtudes y con muchos defectos. Disfrutó de la vida plenamente. No voy a detallar cincuenta y ocho años de convivencia. Sólo quisiera decir que, después de una infancia feliz, una adolescencia conflictiva y una etapa adulta en la que trabajamos juntos, llegamos a tener una sintonía tan grande hasta el punto en que todos los días ansiaba llegar a la oficina para ver y hablar con él sobre cualquier tema, de trabajo o de otra índole.

Brindó y recibió mucho amor. Amor a sus padres, a mi madre con quien estuvo casado sesenta y dos años. A sus hijos, nuera y yerno. A sus nietos. A su hermana. A sus tíos y primos. A sus amigos. A su país, que amó intensamente, que lo desveló tanto, por el que probablemente murió como murió.

Ese amor se reveló de muchas maneras. Destacaré algunas.

La primera fue la generosidad. En eso quiso emular a su padre, mi abuelo, y lo logró con creces. Apoyó a muchas personas económicamente, pero, sobre todo, se dio a sí mismo, a veces, pródigamente.

Fue severo. Es una señal de amor porque amar a alguien no significa ser complaciente. Fue exigente. Y mucho. Siempre fue muy riguroso con sus hijos. Fue mi mejor crítico, lo que aproveché cuando escribía algún trabajo jurídico o cuando necesitaba algún consejo. Recuerdo que un querido amigo y socio estaba preparando una tesis para un postgrado en el IESA. Tenía tres tutores. Me dijo que el más duro con él y el que lo criticó más fue mi padre, el más cercano de los tres.

La identidad. Mi padre estaba consciente de que era parte de algo más grande que él. Para él la familia era algo fundamental. Muchas veces me dijo que yo era él y que él era yo. Que todo lo que le pertenecía era para

nosotros, para mi hermana y para mí. Incluso, varias veces me dio ideas sobre ciertos temas (algunas veces yo no compartía su opinión) y me decía que me apropiara de sus ideas y que dijera que eran mías. Como le decía el tutor a un caminante entre prodigios: “Cuando el pupilo preguntó por qué sus otros parientes no tenían el mismo orgullo en descender de ese remoto fundador, y qué importancia tenía el haber dado origen a una población tan pequeña, su tío le respondió sonriendo, y con cierta melancolía, que cada quien podía escoger de modelo a cualquiera de sus antepasados: él simplemente había elegido el suyo; y que si bien el mundo era vasto, y tenía mares, montañas y desiertos, era suficiente convertirse en señor de un pequeño espacio, y hacerlo suyo hasta las entrañas de la tierra, y al decirlo golpeaba vigorosamente el suelo con el pie, queriendo imponer con más fuerza su dominio”.

Fue un poeta. No es la oportunidad de valorar su obra literaria. Tampoco soy la persona más idónea ni más objetiva para analizar la obra de un escritor que resulta ser mi padre. A pesar de que fue un escritor versátil, dotado de gran imaginación y de gran riqueza de ideas, considero que, antes que nada, repito, fue un poeta. No es casualidad que sus primeros libros hayan sido de poesía. La poesía impregna toda su obra. También sus ensayos históricos. “La poesía nos enseña más que la historia” escribió alguna vez. Tuvo numerosas intuiciones poéticas. Resaltaré tan solo una: la idea de ruptura. Ruptura que conoció primero él, personalmente, con su desarraigo de la ciudad de sus mayores, y su deriva a una ciudad desconocida donde carecía de los profundos vínculos ancestrales que tenía con su ciudad natal. Esto le permitió comprender esa otra ruptura, colectiva, que tuvimos con la patria de nuestros antepasados que tanto plasmó en sus ensayos históricos y en otros libros.

Fue un gran abogado. Summa Cum Laude. Premio del Instituto de Derecho Comparado de la Universidad de París 1959-1961, frente a sus compañeros franceses y extranjeros, donde tuvo el honor de tener profesores de la talla de Henri Battifol, René David, André Tunc, y otros. Unió una sólida formación teórica a una inteligencia y astucia práctica que le permitió servir de la mejor manera a los intereses de sus clientes. Nunca se retiró del ejercicio de su profesión. Lo retiró la vida.

Un muy querido amigo de mi padre y mío una vez me dijo que, si en Venezuela hubiera habido diez personas como mi padre, el país sería distinto.

Termino con una anécdota de mi adolescencia. Estando en París, fuimos a ver una película vieja donde el narrador era el escritor francés,

Sacha Guitry. Echa el siguiente cuento: Parece que Clémenceau y Monet eran muy amigos. Clémenceau está en una gira política. Cuando se entera que su amigo está moribundo, corre a verlo. Llega demasiado tarde. Entra en la habitación y Monet está envuelto en sábanas negras. Clémenceau examina la habitación. Ve las cortinas del cuarto que tienen motivos florales, las arranca, le quita las sábanas negras a Monet y lo envuelve en las cortinas, diciendo: “el negro no es un color”. Pasando de esa bella anécdota humana a una idea un poco más espiritual, lloramos a mi padre que ha muerto para nosotros. Sin embargo, en este momento está viendo a su padre celestial. No está muerto. Está vivo. Debemos darle gracias a Dios por eso. También tenemos que darle gracias a Dios por haberlo tenido tanto tiempo con nosotros, iluminando nuestras vidas y ayudándonos a hacerlas mejor.

*

Todos los días me levanto con angustia, con miedo, con inseguridad. He podido dormir bien. Sin embargo, mi subconsciente ha estado trabajando de noche y las dificultades que he podido sortear durante el día me tienden una emboscada nocturna. Me arde el estómago. Me duelen los dientes. Siento molestia en la coyuntura de los dedos, como si los hubiese apretado con fuerza. Amanezco arrugado, debido a las contracciones de la cara. A veces, me despiertan calambres que tardo un poco en controlar. Pasan unos minutos y recupero la serenidad. Estoy despierto. Puedo controlar la situación. La noche es otra cosa...

Tengo una teoría cuya apreciación dejo a los especialistas. Creo que el subconsciente tiene varios niveles de profundidad y que uno puede soñar varias cosas a la vez en esos distintos niveles. Me ha sucedido que tengo un sueño placentero apenas antes de despertarme y, sin embargo, amanezco nervioso, asustado, preocupado. Estoy seguro de que estaba teniendo una pesadilla que no recuerdo. Cada uno tiene un mundo onírico, paralelo al consciente. Y recuerdos... ¡Cuántas veces, en nuestros sueños, nos encontramos en un paraje conocido por nosotros de sueños anteriores! Mi obsesión, además de la común de los exámenes que vamos a aplazar por no haber estudiado, es la búsqueda de una casa para vivir. He recorrido tantas casas, una y otra vez. Recuerdo el número de sus cuartos, su ubicación, sus ventajas y desventajas. La geografía de los sueños permanece olvidada gran parte del tiempo. Sin embargo, basta con un evento para que surjan los recuerdos. He recorrido tantas veces ciudades desconocidas por mí en la vida consciente, visitado museos, hoteles,

cocinas, calles solitarias o peligrosas. Siempre hay un obstáculo, un límite que impide terminar de conocer estos parajes inconscientes. Los sueños se construyen sobre la memoria del que sueña, sobre sus intereses, sobre sus anhelos, sobre sus temores. El artista quizás no sea más que una persona que sueña despierta. En ocasiones, sueño que sueño. Otras veces, tengo poder sobre mis sueños y puedo decidir qué va a suceder. Es como un esbozo de un texto que voy a escribir, de un guion de una película. A veces, uno puede hacer trampas con los sueños, como en la vida.

*

Una llamada. Llorando me cuentan que un cura amigo ha muerto. Sesenta y cuatro años. Aparte de llorar yo también, reflexiono sobre mi vanidad. Me preocupo de tantas tonterías, dejando de lado lo que es verdaderamente importante como la vida del amigo muerto prematuramente.

*

Los tíos José Rafael, Isabel y Pepita. La prima Aberlardita que controlaba la comarca.

La jalea de mango, los dulces de hicaco, de higo, de lechosa que hacía Matilde Oliveros; el queso de mano hecho por una mujer con un trasero interminable; el suero llanero que con el tiempo mejoraba; el pan de horno; las palometas; los mereyes; las cachapas de Aida de Pérez; los frijoles refritos.

Los esteros de Camaguán, la represa de Calabozo, el río Guárico, Ojo de Agua, El Becerro, San Diego, La Visera, La Rojera, el Puente Aldao, Corozopando, la China, San Marcos.

El calor fuerte y seco, las extensiones interminables, el infinito, el deseo de poseer todas las tierras que resultasen posibles, el sentimiento de que ese lugar, que no habitas, es tu hogar.

*

“Todo lo exagerado es insignificante”. Concuerdo con lo expresado en esta máxima, atribuida a Talleyrand. Por supuesto, nunca pensaría que Rubens o Beethoven fuesen insignificantes. Sin embargo, siento especial afinidad porque la expresión humana, en sus múltiples formas, sea realizada en la forma más sencilla y concreta posible, obviando lo superfluo. Es cierto que a veces la comunicación exige ciertos refuerzos, cierta

elocuencia, para ser bien recibida por los demás. También es cierto que, muchas veces lo expresado verbalmente, por escrito, mediante imágenes, sonidos, etc., así sea conciso y simple, puede tener engaño y artificio. Nada es perfecto. Sin embargo, mi ideal estético es buscar la exposición o presentación de lo que uno desea transmitir a los demás, de la forma más sintética y concentrada posible, tratando de evitar lo que no sea esencial.

*

Es muy temprano para entender –si algún día podremos– el significado y el mensaje del virus chino. Quisiera destacar algunas lecturas que pienso se deben hacer de la pandemia y otras que se deben descartar. El mundo está globalizado. Esto es bueno hasta cierto punto. Todos somos seres humanos, nos parecemos. Sin embargo, existen profundas diferencias entre los distintos pueblos y no es malo que así sea, siempre que haya respeto mutuo. Quizás el virus chino y la distancia que implica nos haga pensar un poco sobre nuestras semejanzas y nuestras disparidades. Puede que no sea tan bueno que seamos todos tan iguales. Por otra parte, ha habido excesos humanos contra el medio ambiente, las especies animales y vegetales. El receso que implica el confinamiento puede significar un respiro para nuestros hermanos vivientes. Puede ser también una ocasión para pensar sobre la relación del hombre con su entorno. También puede darnos la oportunidad de reflexionar sobre todo. ¿Qué hacemos? ¿Lo estamos haciendo bien? ¿Llevo una buena vida? ¿Cuál es el sentido de mi vida? ¿Solamente trabajar? ¿No debería reorientar mi vida, mis actividades? ¿Cuánto tiempo le dedico a mi familia, a mí mismo?

Una pregunta que aparece en una serie de noticias enviadas por un amigo disparó mi pensamiento hacia lo que no debe ser la respuesta al virus chino. “¿Necesita el mundo los restaurantes?” Esa pregunta en apariencia trivial despertó en mí una reacción inmediata: ¡Sí! El hombre es un animal social y requiere de lugares de encuentro. ¡Qué mejor que un restaurante donde uno va a comer bien y a disfrutar con la familia y los amigos! El restaurante, el club, la oficina, nuestra casa, la iglesia. Todos son lugares de encuentro con nuestros compañeros de ruta. El trabajo a distancia, la automatización, pueden ser importantes y hasta necesarios en ciertas circunstancias. Pero ¿qué sustituye el ver a tu compañero de trabajo todos los días, tomarse un café juntos, hablar de asuntos profesionales, preguntarse cómo está la familia? Soy privilegiado porque he tenido un trabajo estable por más de treinta y cinco años. Algunos, mis socios, mis hermanos, mi familia, tienen más tiempo que yo. Otros menos. No obstante, la mayoría, casi todos, tenemos muchos, muchos años juntos. ¿Qué puede sustituir a eso? Se podrá sostener que el caso nuestro

es inusual. Lo concedo. Sin embargo, el contacto humano frecuente, no puede ser sustituido. ¿Qué puede sustituir al abrazo de un amigo, de una amiga? NADA. Los seres humanos nos necesitamos los unos a los otros, tanto como necesitamos el oxígeno. Descartemos toda teoría que implique que nos alejemos de los demás. La familia, la amistad son insustituibles. La expresión “distanciamiento social” es odiosa. Es también un mensaje que no podemos aceptar. Eso me lo hizo notar un amigo recientemente. Además, los medios electrónicos, las redes sociales, permiten mantenernos comunicados. Seguimos actuando socialmente, aunque a distancia. La palabra adecuada es “distanciamiento físico”. No nos queda más remedio, por ahora. Nunca podemos alejarnos socialmente, nunca podemos dejar de ser sociales, nunca podemos dejar de ser seres humanos. Tampoco podemos alejarnos a la larga de nuestros semejantes. El contacto físico es propio del ser humano como de todos los animales, así sean racionales.

*

Tengo una tendencia natural al desorden y a la flojera, aunque mi profesión me ha obligado a concentrarme, a ser disciplinado, preciso, a preocuparme por los detalles. Escribo por ráfagas. Después de un largo letargo, me despierto. Dios, el cielo, los animales, la vida, los sueños, nos envían mensajes. Algunas veces los podemos captar, otras veces no. Es frecuente que dos o tres mensajes totalmente desconectados entre sí y no simultáneos tengan una relación y provoquen una reacción. Hay que saber oír esos mensajes. El hombre no crea de la nada. Necesita estímulos. Los problemas más complicados se me resuelven cuando camino. Ahora estoy viendo a un minúsculo tuqueque caminando por la pared de mi estudio. ¿Por qué tendré tanta afinidad con los reptiles? ¿Qué evocan para mí las tortugas? ¿Lentitud, perseverancia, longevidad?

*

Llegamos a Varsovia. Como sucede frecuentemente, la habitación no está lista. Dejamos la maleta y salimos a descubrir la ciudad. Pasan unos diez minutos y descubrimos una gran edificación, masiva, sin gracia. Una gran base y una torre alta. Hay museos, teatros, cines, etc. Le digo a mi hijo “Me siento en Moscú. Así son los edificios en Moscú. Este edificio debe ser de los años cincuenta”. Seguimos caminando y encontramos un letrero que señala la fecha de construcción del edificio: 1955. Después nos enteramos de que fue un regalo de la Unión Soviética al pueblo polaco. Se decía que Stalin (muerto en 1953) había supervisado los planos. Era un recuerdo del dominio soviético sobre Polonia. Afortunadamente, no

Aquí termina la muestra.

La saga de Javier Bernárdez
Ángel Gabriel Viso

Pide tu ejemplar por WhatsApp: +58 424 136 7173
luisfelipecaprileseditor.com